

Laura Landaeta L. - Víctor Herrero A.

LA REVUELTA

Las semanas de octubre que
estremecieron Chile

 Planeta

Parte 1

La noche más oscura

Jueves 24 de octubre, 2019
Plaza de la Constitución
20:30 horas

—¡Mi teniente, tenemos que entregar La Moneda!

El mayor Jaime González enviaba un mensaje desesperado. Él comandaba el contingente de Fuerzas Especiales de Carabineros que debía custodiar el perímetro de seguridad en torno al palacio. Hacía varias horas sus tropas policiales se enfrentaban a unos cinco mil manifestantes que, esparcidos en varias cuadradas a la redonda, presionaban para llegar a la sede del gobierno.

—Mi gente está agotada y nos queda material para media hora, después sonamos... —le dijo a su interlocutor, un uniformado que gozaba de muy buenos contactos políticos e incluso de línea directa con el presidente.

Pero no había manera de pedir refuerzos. Gran parte de ellos estaban desplegados en Plaza Italia, que hacía pocos días vería en uno de los costados del edificio de Telefónica la proyección de la palabra *Dignidad*, y donde también se habían reunido más de doscientos mil manifestantes, al igual que en otros puntos de la capital. Esa jornada se darían las batallas callejeras de civiles contra carabineros y militares, los que, desde el sábado anterior, estaban a cargo de la seguridad del país tras decretarse el estado de emergencia.

El mayor González, a través de la radio, le hizo un rápido resumen a su interlocutor asegurando que a lo más podrían aguantar unos treinta minutos; luego de eso, los manifestantes

ya no se enfrentarían a balines, lacrimógenas ni químicos de los carros lanzaagua.

—¡Vamos a tener que entregar La Moneda nomás! —re-pitió.

—¿Pero cómo?! ¡No puede hacer eso!

—¿Y qué quiere que haga? Solo queda una opción a estas alturas, ¡y yo no me prestaré para eso!

La implicancia era obvia: deberían desenfundar sus armas y disparar a quienes estuvieran en la confrontación.

—Yo no voy dar esa orden, además la *huevó* está casi vacía.

Y era cierto. A esas horas el presidente Sebastián Piñera no estaba en La Moneda, sino en su residencia en el acomodado barrio de San Damián, en Las Condes. Había dejado el Palacio temprano en la tarde, porque desde hacía días temía que las masivas y constantes manifestaciones lograran arrasar la casa de gobierno. Por ello, el mandatario mantuvo la rutina de irse temprano del centro de Santiago, antes de que comenzaran las manifestaciones que día a día iniciaban en torno a las seis.

El interlocutor de González no podía creer lo que estaba escuchando.

—Déjame ver qué se puede hacer... Mientras tanto, mantente lo máximo que puedas y avísame cualquier cosa.

En los siguientes quince minutos se produjo una serie de llamadas entre políticos de alta esfera y generales de las fuerzas de orden, aunque ni la Armada ni la Fuerza Aérea parecían muy entusiastas con la idea de tomar acciones esa tarde, ante el peligro de una invasión a La Moneda. No así el Ejército. Su comandante en jefe, el general Ricardo Martínez, argumentaba que había que salvaguardar *a toda costa* el edificio. La Moneda en llamas, incendiada por una turba de manifestantes, era algo impensado a inicios de ese 2019. Nunca en la historia republicana del país había ocurrido algo así, exceptuando, claro, el bombardeo a ese mismo edificio perpetrado por los propios militares el 11 de septiembre de 1973.

En cuestión de minutos se elaboró un improvisado plan de contingencia. En caso de que Carabineros fueran sobrepasados, un grupo de comandos de élite del Ejército llegaría en helicópteros y descenderían en torno a La Moneda para aguantar el perímetro. Como en una escena de película de acción, actuarían para dispersar a quienes se atrevieran a seguir adelante. Con balas de goma o munición de verdad, no se sabe. Pero es un hecho que estos equipos no están pensados para tácticas de dispersión de civiles. No está claro tampoco si Piñera estaba enterado de este plan o de la situación crítica en torno al palacio presidencial. “Creo que, dada la urgencia, actuaron por su propia cuenta”, afirmó el interlocutor. “Y, la verdad, no lo hicieron tanto para salvarle el pellejo al presidente, sino para evitar otro simbolismo dramático con La Moneda como protagonista”.

Evitar esa imagen a toda costa. El escenario estaba dispuesto para desplegar, por primera vez desde 1973, a efectivos militares activos en torno al palacio, pero ahora no para sacar a un presidente, sino para resguardar la integridad del edificio.

Parte 2

La crisis que nadie vio venir

La crisis que se vio venir

Noviembre, 1997

Chile

En noviembre, Augusto Pinochet era todavía comandante en jefe del Ejército y Eduardo Frei Ruiz-Tagle lideraba desde La Moneda la privatización de las empresas sanitarias, mientras su ministro de Obras Públicas, Ricardo Lagos, expandía la infraestructura vial a través del sistema de concesiones a empresas privadas; la economía crecía a tasas elevadas, las cuentas macroeconómicas se manejaban con responsabilidad y Chile era celebrado como el *jaguar* de América Latina.

Y en noviembre de 1997 también se publicó la primera edición de un ensayo político que, para sorpresa de su autor y de la editorial Lom, se convirtió en un éxito de ventas. En *Chile actual - Anatomía de un mito*, el sociólogo Tomás Moulian analizaba la otra cara del celebrado y creciente modelo chileno. Los éxitos económicos del país de la posdictadura, dijo, esconden un país frágil en lo político y social: una democracia secuestrada por leyes y mentalidades autoritarias y una sociedad a la que —vía el crédito, el empobrecimiento espiritual y el olvido de su historia reciente— se le promete acceso a bienes de consumo que habían estado históricamente fuera de su alcance.

Sus argumentos analíticos apuntaban sobre todo a la coalición gobernante, la Concertación (la unión de los partidos Socialista, Por la Democracia, Demócrata Cristiano y Radical), que, en un proceso que denominó “transformista”, apostó por mantener el proyecto-país creado por los militares y economistas neoliberales. “Había que dar la impresión de que se cambia-

ba mucho, cuando la idea era cambiar poco”, comentó el propio Moulian años después.

En los círculos políticos e intelectuales de la centroizquierda el libro tuvo un fuerte impacto y dio, en parte, origen a la batalla ideológica entre *autocomplacientes* y *autoflagelantes* de la Concertación: los que, satisfechos, creían que el país iba por buen camino, y los que pensaban que la centroizquierda había sufrido el síndrome de Estocolmo.

Los años venideros fueron la marcha triunfal de los autocomplacientes. Esta alcanzó su clímax en agosto de 2005, cuando el presidente Lagos puso su firma a una constitución modificada, que eliminaba muchos de los llamados *enclaves autoritarios* (como los senadores designados) de la carta fundamental de Pinochet. “Tenemos hoy por fin una constitución democrática, acorde con el espíritu de Chile, del alma permanente de Chile”, declaró un exultante Lagos.

Cuando se cumplieron veinte años desde la publicación original de *Anatomía de un mito*, se realizaron varios eventos para conmemorar la fecha. En uno de estos, realizado en la Academia de Humanismo Cristiano en noviembre de 2017, el filósofo e intelectual de centroderecha Daniel Mansuy aseguró que releer el ensayo “dos décadas después es como ir de viaje a otro Chile”. Pero también dijo que mantenía su frescura. “Bajo el sueño del consumo se esconde la alienación y el libro tiene palabras muy duras para los ideólogos de esta grieta [...]. Es una crítica muy vigente que ha resistido el paso del tiempo y nos permite, al mismo tiempo, anticipar el Chile que viene”.

Y el Chile que se había desarrollado después de la promulgación de la “Constitución democrática” firmada por Lagos empezaría a enfrentar una serie de hitos que irían debilitando la estabilidad nacional. Las bondades del neoliberalismo en el oasis de Latinoamérica se tradujeron en promesas rotas para las nuevas generaciones, y marcaron el fin de un ciclo:

Abril, 2006 - Revolución pingüina. Se inicia un alzamiento de estudiantes secundarios exigiendo el derecho a una educación pública. Motivados por diversos factores, más de cuatrocientos colegios, principalmente públicos, es decir unos seiscientos mil alumnos, se encontraban en huelga o paralizados en el movimiento escolar más masivo en la historia de Chile (hasta ese momento).

Febrero, 2007 - Crisis del Transantiago. Se implementa el nuevo modo de transporte en la capital, que desde el primer día lleva al colapso del sistema de movilización urbana. Decenas de miles de capitalinos sufren horas de esperas y atrasos, que en algunos casos se mantienen.

Diciembre, 2008 - Colusión de las farmacias. Una investigación de la Fiscalía Nacional Económica (FNE) revela que las tres principales cadenas de farmacias (Salcobrand, Cruz Verde y Ahumada) acordaron secretamente elevar los precios de más de doscientos medicamentos. En el listado se encontraban fármacos para enfermedades crónicas como la diabetes, el asma, la epilepsia y el Parkinson. Algunos remedios costaban hasta 3.000% más sobre el precio de lista en la Central Nacional de Abastecimiento (Cenabast).

Abril, 2010 - Caso Karadima. James Hamilton, José Andrés Murillo y Juan Carlos Cruz dan a conocer públicamente haber sido víctimas de abuso por parte del sacerdote Fernando Karadima. El caso se vuelve emblemático y se inicia una serie de revelaciones y acciones judiciales que, tras casi una década, terminan derrumbando la confianza de los fieles en la Iglesia católica y sus jerarcas por los innumerables casos de estupro y pedofilia que comienzan a darse a conocer.

Abril, 2011 - Movilización estudiantil. Se inician las primeras manifestaciones que exigen una educación pública, gratuita y de calidad. Se populariza el lema *No + lucro*. Las protestas escalan rápidamente. El 6 de junio se informa de seis colegios tomados por sus estudiantes. El 25 de ese mismo mes ya

son más de seiscientos. Cinco días después, más de doscientos mil jóvenes marchan por el centro de Santiago y otras decenas de miles en varias ciudades del país. Hasta ese momento, son las manifestaciones más masivas desde el fin de la dictadura. Hacia julio, las movilizaciones se radicalizan, en parte debido a la dura represión policial. Se habla del “Invierno Chileno” en referencia a la Primavera Árabe del mismo año. El 4 de agosto Carabineros impide dos marchas y estalla la violencia. En la noche comienza un masivo caceroleo en apoyo a los estudiantes, algo que el país no había vivido desde los años ochenta.

Mayo, 2011 - No a HidroAysén. El día 9 el Gobierno aprueba inicialmente este proyecto energético que contempla la construcción de cinco centrales hidroeléctricas en la región de Aysén. Una fuerte oposición ciudadana y una masiva marcha convocada el 24 de mayo por la organización Patagonia Sin Represas prácticamente rodea La Moneda con decenas de miles de personas. El proyecto recién se canceló de manera definitiva en 2017.

Mayo, 2011 - Caso La Polar. El Sernac presenta una demanda colectiva en contra de la empresa de *retail* La Polar por realizar repactaciones de deudas sin el consentimiento de los consumidores. En total, un millón de clientes se vieron afectados por estos cobros, de los cuales muchas veces solo se enteraban cuando caían en Dicom o recibían cartas de cobranzas.

Diciembre, 2011 - Colusión de los pollos. Una investigación de la FNE revela que durante al menos tres años la industria avícola —desde Agrosuper y Ariztía, a la Asociación de Productores Avícolas de Chile— se coludió para fijar los precios de numerosos productos. Años más tarde se sabrá que en el esquema también participaron las cadenas de supermercado Cencosud, de Horst Paulmann; SMU, de Álvaro Saieh, y la estadounidense Walmart.

Febrero, 2012 - Protestas en Aysén. Las movilizaciones comienzan cuando un grupo de pescadores decide tomarse el puente Presidente Ibáñez, aislando la ciudad y reclamando sus

bajas cuotas de pesca asignadas. A partir de ese momento se inicia una serie de demandas y reclamos debido a los efectos del aislamiento que sufría la región, impugnando temas relacionados con educación, salud y los altos costos de los servicios básicos. El año 2011 Punta Arenas viviría un escenario similar debido al alza del precio del gas, que marcó los inicios de las protestas regionales masivas.

Agosto, 2014 - Caso Penta. Se inicia la investigación por fraude al fisco por parte del Grupo Penta, conglomerado controlado por Carlos Lavín y Carlos Alberto Délano. Se descubre un vasto esquema de financiamiento ilegal de campañas y favores políticos —a través de boletas de honorarios por servicios que nunca se prestaron, las después llamadas “boletas ideológicamente falsas”— a miembros pertenecientes principalmente a la UDI, entre estos, Jovino Novoa, Pablo Zalaquett, Ena Von Baer, Ernesto Silva e Iván Moreira.

Febrero, 2015 - Caso SQM. Se revela que la empresa minera Soquimich, controlada por Julio Ponce Lerou, exyerno de Augusto Pinochet, había financiado durante años a decenas de políticos de todas las tendencias, llegando a tener a más de ciento ochenta formalizados. Este caso surge como una arista del caso Penta, ambos impulsados por los fiscales Carlos Gajardo y Pablo Norambuena.

Agosto, 2015 - Milicogate. El periodista Mauricio Weibel comienza a publicar una serie de siete artículos en el semanario *The Clinic*, destapando un desfalco masivo sobre los fondos reservados del cobre perpetrado por miembros del Ejército. El caso escala y, entre los militares procesados por fraude al fisco y enriquecimiento ilícito, se encuentran el excomandante en jefe, general Juan Miguel Fuente-Alba, y su esposa Ana María Pinochet.

Octubre, 2015 - Colusión del papel confort. La FNE presenta una demanda ante el Tribunal de Defensa de la Libre Competencia (TDLC) acusando a las empresas CMPC —del grupo Matte— y SCA Chile de coludirse durante más

de una década para fijar los precios del papel higiénico, servilletas y toallas de papel, entre otros productos. Según un reporte del TDLC, las dos compañías obtuvieron ganancias por más de cuatrocientos cincuenta millones de dólares gracias a esta estafa.

Julio, 2016 - No + AFP. Se realiza la primera marcha masiva en contra del sistema de pensiones. Los cálculos hablan de entre noventa y ciento ochenta mil personas en Santiago. Un hito dentro de las constantes demandas, alegatos y protestas contra el mecanismo de jubilaciones, que comenzó a ver en estos años a muchos de sus primeros pensionados pagados con montos mensuales muy bajos. Un mes después, las marchas convocadas por la coordinadora No + AFP se esparcen a más de cincuenta ciudades en todo el país.

Octubre, 2016 - Pacogate. La fiscalía comienza a investigar lo que descubriría la mayor malversación de dineros públicos en la historia del país: en los cálculos iniciales se cuenta un desfaldo de más de treinta y cinco mil millones de pesos; durante años, decenas de carabineros de alto rango, incluyendo directores generales, se habían enriquecido ilícitamente.

En paralelo, presenciando todos estos hechos, la confianza de los chilenos en las instituciones políticas y de orden disminuye drásticamente, reflejándose, por ejemplo, en la baja participación en las elecciones municipales, que en 2008 era de 56,9% y bajó progresivamente hasta el 34,8% en 2016.

La noche del domingo 23 de octubre de ese año fue tal vez el último momento de gloria de un Chile que pronto se desvanecería. Los resultados de los comicios en los municipios ya auguraban el posible retorno de la derecha a La Moneda.

En 2016, la UDI y RN fueron los partidos más votados y obtuvieron ciento cuarenta y seis alcaldes en el país. Aunque derrotada, la oficialista Nueva Mayoría (ex-Concertación) lo-

gró ciento cuarenta y dos municipios. Entre ambos conglomerados —que llevaban más de un cuarto de siglo con las riendas del poder político—, habían obtenido el 83% de las alcaldías.

La inesperada y dura derrota de la alcaldesa Carolina Tohá en Santiago fue el comienzo del fin del intento de Ricardo Lagos de retornar al poder. Le ganaba un concejal de Renovación Nacional hasta entonces desconocido: Felipe Alessandri. Tres años más tarde, este hombre desempeñaría un papel importante al reprimir con fuerza y hacer incendiarias declaraciones frente a los estudiantes secundarios de los liceos de su comuna. Los mismos que años más tarde decidieron evadir el metro como forma de protesta.

El duopolio del poder político parecía gozar de excelente salud. Sin embargo, hubo un pequeño nubarrón en Valparaíso, pero nada que hiciera presagiar tormentas. Ahí, un candidato independiente surgido desde los movimientos sociales había logrado sorpresivamente el 53,8% de los votos, desbancando al alcalde de la UDI Jorge Castro y al candidato de la coalición de gobierno Leopoldo Méndez (más conocido como DJ Méndez). Su nombre, Jorge Sharp.

Sin embargo, la tormenta se estaba formando y lo hacía en un lugar al que pocos prestaban atención: la creciente abstención en las votaciones electorales. Ese año, más del 65% de la población no fue a votar. Algunos políticos y columnistas interpretaban ese silencio bien como conformidad con el modelo o, en el peor de los casos, como una disconformidad inactiva. Por eso, los análisis postelectorales se centraron en los ganadores y perdedores de la jornada, y en proyectar las debilitadas fuerzas políticas hacia los comicios presidenciales de noviembre de 2017. El a veces silencioso pueblo de Chile no formaba parte de esta ecuación.

Sin embargo, no todos pensaban que los cielos estaban despejados.

Un periodista escribía una columna publicada el 1 de noviembre de 2016 para Radio Universidad de Chile. Y vaticinó: “Mientras tanto, ese 65% de la población aún permanece en el silencio. Pero en cualquier momento puede despertar. Y si ello ocurre, nuestra élite política transversal estará tan sorprendida como los Borbones en 1789, a pesar de que todas las señales les advertían sobre un cambio de época. Solo que no las quisieron ver”.

El oasis

Miércoles 9 de octubre, 2019

Palacio de La Moneda

08:20 horas

El presidente estaba contento. Sobre la mesa redonda en su despacho estaban apilados informes, libros, carpetas. Con la camisa arremangada, Sebastián Piñera agitaba una hoja que contenía unos gráficos. “¿Ven? En el gobierno de la presidenta Bachelet el crecimiento económico promedio apenas fue de 1,7%”, dijo de manera fluida en inglés, aunque con un fuerte acento latino.

Al otro lado de la mesa estaban Michael Stott, el editor para América Latina del *Financial Times*, y Benedict Mander, corresponsal en la región de ese diario inglés. “Hoy estamos en 3,25%, el doble, pero aún falta mucho para alcanzar una tasa de 5% o 6%”, prosiguió.

La entrevista con este periódico, uno de los más influyentes y prestigiosos del mundo en temas económicos y de negocios, formaba parte de un ambicioso anhelo del mandatario: alzar su estatura global y, tal vez, a futuro lograr un importante cargo internacional. Hasta ahora, cuando uno de esos codiciados puestos recaía en algún chileno, siempre era en alguien de la Concertación o cercano a ella. Sobre la derecha criolla, a la cual en el mundo todavía se le identificaba con la dictadura de Pinochet, había un veto silencioso. Piñera apostaba por romper esa barrera.

Y estaba haciendo méritos. Así se veía, al menos, ante sus ojos y los de su sector político.

Unos meses antes Piñera desempeñó un rol activo en los múltiples intentos por forzar la salida de Nicolás Maduro en

Venezuela. Alineado con Washington, Bruselas y sus colegas de derecha en el continente, reconoció tempranamente a Juan Guaidó como “presidente encargado” de ese país, y fue personalmente a Cúcuta a fundar, junto al presidente de Colombia, Iván Duque, un nuevo referente regional: el Foro para el Progreso de América del Sur (Prosur).

Además, en noviembre de 2019 sería el anfitrión de la cumbre APEC, que reúne a las grandes economías de la cuenca del Pacífico. Y, al mes siguiente, haría nuevamente de dueño de casa para recibir y organizar la COP 25, la conferencia anual sobre cambio climático de Naciones Unidas.

“Miren América Latina”, continuó el presidente, ahora mostrando nuevos gráficos a los periodistas del *Financial Times*. “Argentina y Paraguay están en recesión, México y Brasil están estancados, Perú y Ecuador están en una profunda crisis política”. Y remató con una frase que desde entonces todos recuerdan: “En este contexto, Chile parece un *oasis*, porque tenemos una democracia estable, la economía está creciendo, estamos creando puestos de trabajo, estamos elevando los salarios y mantenemos un equilibrio macroeconómico”.

El oasis. No era la primera vez que Piñera usaba esa imagen para felicitarse a sí mismo y al país. Una semana antes, el miércoles 9 de octubre, un notero del matinal *Mucho Gusto* de Mega lo visitó “espontáneamente” en La Moneda, donde el presidente le habló durante casi veinte minutos de la nueva ley de fármacos que impulsaba el gobierno. Pero al final de la transmisión el mandatario se refirió brevemente a las protestas que azotaban a Ecuador y Perú en esas semanas.

“En medio de esta Latinoamérica convulsionada, veamos a Chile, nuestro país es un verdadero oasis. Con una democracia estable, el país está creciendo, estamos creando ciento setenta mil empleos al año, los salarios están mejorando”, dijo convencido de sus palabras.

Dos días antes de su aparición en el matinal de TV, el lunes 7 de octubre a las dos de la tarde en punto, un grupo de alumnos del Instituto Nacional había realizado una acción curiosa. Decenas de ellos se coordinaron para saltarse al mismo tiempo los torniquetes en la estación de metro Universidad de Chile. Era su forma de protestar por el alza de los pasajes que había comenzado a regir el domingo y que, según el panel de expertos del transporte público que había decretado el aumento, se debía “a la variación del precio del petróleo diésel, el IPC, el incremento del costo de mano de obra y la tasa de cambio”, entre otras razones.

Una semana después, el lunes 14 de octubre, eran ya cientos de secundarios que, en acciones coordinadas por redes sociales, se ponían de acuerdo para realizar evasiones masivas. Y también comenzaron los cánticos como: “Evadir, no pagar, otra forma de luchar”.

El día en que el presidente trataba de convencer a los periodistas del *Financial Times* de la *excepcionalidad* chilena, la red del tren subterráneo se convertía en un descontrol, con carabineros deteniendo a escolares a diestra y siniestra mientras los ciudadanos los grababan con sus celulares. Sin embargo, el mandatario no parecía mayormente preocupado. Y no era el único. Gran parte de la clase política tampoco lo estaba.

Ese miércoles 16 de octubre, un relajado Clemente Pérez habló de las evasiones en una entrevista en TVN. El expresidente del metro durante el primer gobierno de Michelle Bachelet, exsubsecretario de Obras Públicas en el mandato de Ricardo Lagos y director regional de la Comisión Nacional de Medio Ambiente (Conama) con Eduardo Frei Ruiz-Tagle, estaba convencido de que se trataba de una pataleta de la juventud. Dirigiéndose a los secundarios a través de la transmisión de la televisión pública, les dijo una frase que quedó en la memoria colectiva: “Cabros, esto no prendió”. Y, acto seguido, explicó por qué creía que las evasiones no llevarían a nada. “No

tienen el apoyo de la población, ni siquiera en Twitter hay tanto apoyo... yo lo único que he visto es un gran rechazo a este tipo de actitudes”, aseguró.

También Clemente Pérez tenía fe ciega en el oasis. Años de elogios de los expertos internacionales del Banco Mundial, del FMI y el BID, de la Unión Europea y de Estados Unidos, de las buenas posiciones en rankings globales sobre corrupción, desarrollo humano y competitividad, habían cegado a la clase dirigente del país.

Pero en las cuarenta y ocho horas siguientes esa élite entraría en un estado de shock. Y, en cinco días, el presidente le dirá al país: “Estamos en guerra”. Antes de que termine el mes se verá obligado a cancelar las cumbres de la APEC y la COP 25.

En menos de seis semanas, cuatro informes internacionales constatarán que en Chile se estaban produciendo las peores violaciones a los derechos humanos desde los años de la dictadura de Pinochet.

El oasis era un espejismo.